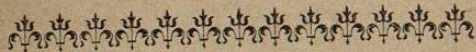


renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemía desolado y afligido por el cólera-morbo, se metía en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caída en un lodazal, donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos: desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.



## ENSAYO ÉPICO

### FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

### EL PELAYO

#### FRAGMENTO PRIMERO

De los pasados siglos la memoria  
Trae á mi alma inspiración divina,  
Que las tinieblas de la antigua historia  
Con sus fulgentes rayos ilumina:  
Virtud contemplo, libertad y gloria,  
Crímenes, sangre, asolación, rúina,  
Rasgando el velo de la edad mi mente,  
Que osada vuela á la remota gente.  
Tornan los siglos á emprender su giro  
De la sublime eternidad saliendo,  
Y antiguas gentes y ciudades miro  
Súbito ante mi vista apareciendo:  
De ellos á par en mi ilusión respiro,  
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,



Y lleno el pecho de agradable susto,  
Contemplo el brillo del palacio augusto.

Al blando són de la armoniosa lira  
Oigo la voz de alegres trobadores,  
El aura siento que fragancia aspira,  
Y al eco escucho murmurando amores;  
Al sol contemplo que á occidente gira  
Reverberando fúlgidos colores,  
Do la córte del godo poderío  
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

Toledo, que de mágicos jardines  
Cercada, eleva su muralla altiva  
No guardada de fuertes paladines,  
Ornada si de juventud festiva:  
Allí entregado á espléndidos festines,  
Rodrigo alegre y descuidado liba  
Copas de néctar de fragancia pura,  
Al deleite brindando y á la hermosura.

Allí con ojos lánguidos respira  
Dulce placer beldad voluptuosa,  
Y aroma exhala, si feliz suspira,  
Del puro labio de encarnada rosa:  
Rodrigo en ella codicioso mira  
La que á su amor se muestra desdenosa,  
Que más que todas es cándida y linda,  
La dulce, bella, celestial Florinda.

El ruido crece del festin en tanto,  
Y el grato néctar al deleite llama;  
Su pecho inunda deleitoso encanto,  
Y el fuego impuro del amor le inflama:  
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto  
Alza la mano trémula, derrama  
El áureo vaso, y atrevido sella  
Dulce beso en el rostro á la doncella.

Todo es placer: de su mansión de rosa  
La primavera cándida desciende,

Y en el regazo de la tierra ansiosa  
El fuego animador de vida enciende:  
Templa del mar la furia recelosa,  
El viento en calma plácido suspende,  
Y derrama la aurora en sus albores  
Luz regalada y regaladas flores.

Abre la flor naciente el lindo seno,  
Y recibiendo el encendido rayo,  
En la esmeralda del otero ameno  
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:  
Pasa el arroyo plácido y sereno,  
Solicito besándola al soslayo;  
Ella en vivos colores se ilumina  
Y al dulce beso la cabeza inclina.

Y en el pensil do con rosada frente  
El halagüeño abril pasa riendo,  
A la sombra de un árbol eminente  
Está la juventud danzas tejiendo;  
Cuál, á la margen de la herbosa fuente  
Canta, blando laud diestro tañendo,  
Y cuál del baile y del cantor se aleja,  
Y á su dulce beldad tierno se queja.

Allí Rodrigo con incierta huella  
Lascivo sigue á la fatal Florinda;  
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,  
Intenta audaz que á su furor se rinda.  
No oye ¡infeliz! su misera querella;  
La ve humilde á sus piés, la ve más linda,  
Y con lascivos ojos, con desdoro  
Mancha la hermosa flor de su decoro.

En tanto encubre pavorosa nube  
El cielo en antes trasparente y terso,  
Y relumbra la espada del querube,  
Ministro del Señor del universo;  
Que ya la voz de la inocencia sube  
Que en llanto el gozo trocará al perverso,



Y á la luz del relámpago se muestra  
Del rayo armada la divina diestra.

Súbite un trueno retumbar se siente:  
«¡Himnos, vivas al rey! la danza siga,  
Y nuestra dicha y júbilo acreciente  
El mútuo ardor que nuestras almas liga.»  
Tal grita aquella juventud demente,  
Y al rey ensalza que Jehová castiga.  
«¡Himnos, vivas al rey!» Súbite un rayo  
Heló sus pechos con mortal desmayo.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,  
Las densas nubes agitando, ondean  
Con sus olas los genios del profundo,  
Que con cárdeno surco centellean;  
Y al ronco trueno, al eco tremebundo  
De los opuestos vientos que pelean,  
Se oye la voz de la celeste saña:

«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

Todo desapareció: lóbrego luto  
Reina y silencio do el placer ardia,  
Do el misero monarca disoluto  
En vil torpeza y embriaguez yacia.  
Guerra y desolación el triste fruto  
Al fin será de su lascivia impia,  
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto  
Verterá entre sus hembras débil llanto.

¡Maldición, maldición! Yertas las flores  
Del huracán violento arrebatadas,  
El alegre pensil de los amores  
Verá sus hojas por doquier sembradas;  
La música, el banquete, los favores  
Dulces de amor, las danzas animadas,  
El canto de las damas y galanes  
Trocados miro en lágrimas y afanes.

Tal otro tiempo en la soberbia cena  
Donde mofaba de Jehová el impio,

Ya la medida al sufrimiento llena,  
Rebosó de ira caudaloso rio;  
Y el rey asirio con amarga pena  
Vió en el muro de mármol con sombrío  
Fuego animarse escrito sobrehumano,  
Trazado allí por invisible mano.

## FRAGMENTO SEGUNDO

.....  
Era la hora en que el mundano ruido  
Calma, en silencio el orbe sepultado;  
Yacia el rey, appena interrumpido  
Del dulce sueño su mortal cuidado,  
Cuando un fúnebre oyó largo alarido,  
Entre angustiosos sueños congojado,  
Triste presagio de su infausta suerte,  
Y luego ante sus ojos vió la Muerte.

La amarillenta mano descarnada,  
Blandiendo al aire la guadaña impia,  
La aterradora vista al rey clavada,  
Su cetro y su corona recogía,  
Mientras en torno extraña gente armada  
Sus despojos alegre dividía:  
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces  
Y sus semblantes contempló feroces.

Y el ángel de tinieblas levantarse  
Súbite vió, como la inmensa cumbre  
Del alto Chimborazo, y al llegarse  
Lanzando rayos de ominosa lumbre;  
Y su manto sintió, que al acercarse  
En su frente cargó su pesadumbre,  
Grabando allí tremendo sobrescrito



Que le marcara por de Dios maldito.  
Y luego oyó rumor de cien cadenas,  
Crujir los huesos, rechinar los dientes,  
Y abismos contempló de eternas penas  
Inmensurables, lóbregos y ardientes:  
Oyó voces de horror y espanto llenas,  
Batieron palmas las precitas gentes,  
Y oyó también por mofa en su agonía  
Bárbaras carcajadas de alegría.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,  
Y amantes dichas disfrutar figura  
En brazos de Florinda dulcemente  
Entre flores, aromas y fresca;  
Y cuando más su corazón consiente  
Que estrecha la deidad de su hermosura,  
Se halla en los brazos de Julián fornidos  
Ahogándole á su cuello retorcidos.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta  
Fiero puñal que el corazón le hiela:  
Procura desasirse y más le junta  
Pecho á pecho Julián, que ahogarle anhela.  
Así fiero dragón trilingüe punta  
Vibra y se enlaza al animal que cela,  
É hincando en él la ponzoñosa boca,  
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

Los brazos alza y lleva á su garganta,  
Del bárbaro enemigo á desprenderse:  
Cuanto con más ahinco los levanta,  
Los ve volver sin ánimo á caerse:  
Crecen sus bascas, y en angustia tanta  
Falto de aliento, sin poder valerse,  
Yerto, rendido y con mortal congoja,  
Ya con lívida faz espuma arroja.

En medio á su delirio y agonía  
Trémulo y fatigoso se despierta;  
Un helado sudor su cuerpo enfria,

Su carne toda horripilada y yerta:  
Siente el robusto brazo que porfia  
Aun por ahogarle; á desprender no acierta  
El lienzo que á su cuello él mismo riga,  
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

FRAGMENTO TERCERO

BATALLA DEL GUADALETE

En vano con prodigios espantosos  
El justo cielo le anunció su ruina,  
Y fúnebres ensueños milagrosos  
Le intimaron la cólera divina:  
Ronco trueno á los pueblos temerosos  
A deshora estallando, vaticina  
Desventuras sin fin; y el rey en tanto  
Derrama entre sus hembras débil llanto.

Orgullosa torrente de guerreros  
Pueblos, montañas y ciudades hunde;  
Tintos en sangre brillan sus aceros,  
Y el estrago y terror do quiera cunde:  
Así al impulso de aquilones fieros  
Llama voraz por selvas se difunde,  
Consume antiguos troncos, arde el suelo  
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

Rompe el alarbe y fiero desbarata  
Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;  
Al labrador sus mieses arrebatada;  
Pavoroso terror las gentes hiela;



La virgen triste al vencedor acata,  
Y hondo suspiro de su pecho vuela  
Al trono de Rodrigo descuidado,  
Que en infame placer yace embriagado.

Mas al fin despertó: lució ya el día  
En que á tan grandes crímenes el cielo  
El merecido premio disponía:  
Nublose el sol, encapotose el velo  
Del ancha esfera: el trueno estremecía  
La amedrentada tierra, y con anhelo  
Rodrigo entonces, respirando apenas,  
Quiere romper las bárbaras cadenas.

Al deleite se arranca, el hierro viste,  
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo  
Con fatiga tal vez débil resiste,  
De esfuerzo el corazón y ardor desnudo;  
Pálido el rostro, acongojado y triste,  
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;  
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,  
Y por última vez su alcázar mira.

El grito escucha de venganza y guerra  
Gozoso de su estruendo el mahometano,  
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra  
Do baña el Lete el muro jerezano.  
¡Ayl á la lid del ocio se destierra,  
¡Oh cara patria! y se prepara en vano  
Rodrigo de su ejército á la frente,  
Que los vicios de un rey vician su gente.

Despareció del godo la osadía  
Y el antiguo valor: las armas ora,  
Noble ejercicio de su esfuerzo un día,  
Cansado blande y los deleites llora,  
Mientras la enseña de la luna impía  
Tremolan á los aires vencedora  
Los que el mundo, beligeros varones,

Turbaron con sus bárbaras legiones.  
Rodrigo en carro de marfil ostenta  
Corona de oro y perlas en su frente:  
La regia pompa y galas aparenta  
Que en los banquetes le adornó luciente.  
¡Mísero! en vano el corazón alienta;  
No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!  
Tu diestra levantada; arder no mira  
Tu rayo á la palabra de tu ira.

Llegamos ya del Lete á la ribera,  
Y en su fértil llanura el campamento  
Fijamos frente á la morisma fiera:  
Resuena el campo en pavoroso acento,  
Al aire va tendida la bandera,  
La trompa agita el sonoro viento,  
Armas y carros resonantes giran,  
Y ambas huestes atónitas se miran.

La noche el cielo en su sombrero manto  
Lóbrega encapotó: tal vez brillaba  
Relámpago sombrío, que el espanto  
Y el horror de la noche acrecentaba;  
Lúgubre, sola y temerosa en tanto  
La voz de las vigías se escuchaba,  
Y en torno de los campos tenebrosos  
Volaban mil espectros espantosos.

El sol temprano cual rubi encendido  
Dejaba el golfo del rosado oriente,  
Y el rayo, de su disco despedido,  
Doraba de Jerez la alzada frente:  
Quiebra entre tanto morrión bruñido,  
Dardo mortal y arnés resplandeciente  
Su luz, y cada raudo movimiento  
De ominoso esplendor inunda el viento.

La extensa vega de Jerez coronan  
El uno y otro ejército fronteros:  
Guerra las trompas hórridas pregonan,



Y al ruido late el pecho á los guerreros.  
Armas, carros, caballos se amontonan,  
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:  
Los ríos su curso con pavor reprimen  
Y los montes al són medrosos gimen.

Triste Rodrigo su carroza guía  
Ligera entre sus fuertes escuadrones:  
Radiante en vano su corona envía  
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones  
¡Cuán otro rige ya de aquel que un día  
Toledo vió entre nuevos campeones,  
Augusto vencedor en los torneos,  
Coronada su frente de trofeos!

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,  
El corazón anima, y su flaqueza  
Esconde ante su ejército, y altivo  
Muestra en su acento bélica fiereza.  
Sancho, su hijo, el hierro vengativo  
Blande á su lado y rige la aspereza  
De un gallardo trotón con diestra mano,  
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

Por vez primera la robusta lanza  
Blande su brazo juvenil, y ansioso  
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,  
Ceñir pensando el lauro victorioso:  
Probar de solo á solo su pujanza  
Con el mismo Tarif ansia animoso:  
Párase en tanto el rey, alza la frente,  
Y así en guerrera voz grita á su gente:

Entre tanto el clarín súbito suena  
En nuestro campo, y fiera corresponde  
Con trompas y atabales la agarena  
Hueste que al ruido en ronco són responde.  
Tarif su gente á arremeter ordena;  
La nuestra se adelanta; el cielo esconde

Densa nube de polvo, el viento inflama,  
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

Sus caballos los moros recogiendo,  
Rápidos se aperciben á lanzarse;  
Súbito á un tiempo en alarido horrendo  
Arrancan con nosotros á encontrarse;  
El ímpetu, las voces, el estruendo  
Tornan en són confuso á redoblar-se;  
El acero saltando centellea,  
La sangre hirviendo en derredor humea.

Retumba el valle: al golpe repetido  
Sobre las armas de la hendiente espada,  
Salta el arnés al suelo sacudido,  
La cimera gentil gime abollada:  
No más veloz, cuando el metal ardido  
Labra el martillo en la caverna ahumada,  
Sobre el fornido yunque horrendo bate,  
Y forja el fiero rayo del combate.

Hombres con hombres con furor se estrellan  
Con golpes réciamente redoblados,  
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,  
Hienden, rajan, destrozan irritados;  
Armas, muertos, caballos, carros huellan  
Con espantoso estruendo derribados:  
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente  
Envuelve el Guadalete juntamente.

Así en recio rumor bramando el viento  
En las hondas cavernas de la tierra,  
A deshora con ímpetu violento  
Rompe la cárcel que su furia encierra;  
Retiembla al choque el duradero asiento  
En que el orbe firmísimo se aferra,  
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,  
É imperios al no sér súbito hunde.

En confusa revuelta la batalla,  
Todos ardiendo en ira se encarnizan,



Vuela en pedazos la rompida malla,  
Crudos golpes los cuerpos martirizan;  
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla  
Cruzados hierros mil contino erizan:  
Hiérense, á herirse tornan y desprecian  
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

En tanto el sol en su carroza de oro  
Vibrando del cénit vivida lumbre,  
Padre y monarca del luciente coro,  
Mediaba el día en la celeste cumbre.  
Dura incierto el combate: altivo un moro  
De entre la espesa, envuelta muchedumbre  
Aguija su bridón, la lanza agita,  
Y en nosotros audaz se precipita.

Arrolla á Atanagildo, la pujanza  
Del fiero Teudis á sus plantas yace,  
Rinde de Ervigio la terrible lanza,  
Y su cólera en sangre satisface;  
Sobre vencidos muertos se abalanza,  
Opuestos hierros su furor deshace;  
Pavor, desolación, muerte, rüina  
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

Sancho, Sancho le ve: su pecho late  
Venturoso en hallar digna contienda;  
Tercia su lanza, las ijadas bate,  
Y al fogoso bridón suelta la rienda;  
Parte á do el moro intrépido combate;  
Llámale en alta voz á lid tremenda:  
Vuelve el árabe á Sancho, el trotón para,  
Responde al grito y su furor prepara.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,  
Sobre el arzón el cuerpo amenazante,  
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,  
Fijos los ojos, lívido el semblante;  
Serenos el rostro, en ademán forzado  
Blande el mancebo el hierro centellante,

Y envueltos entre el polvo que levantan,  
La tierra en torno al embestirse espantan.  
No más pronto entre humo y fuego y trueno  
Rayo veloz del cielo se desata;

Ni así fiero en la mar de su hondo seno  
Las turbias olas Bóreas arrebata;  
Ni montaraz torrente al valle ameno,  
Ni súbito huracán, ni catarata  
De ondisonante río, ni lava ardiente  
Su arranque asemejaran impaciente.

Al encuentro fatal con ruido infando  
Las lanzas saltan; la áspera coraza  
El rechinante hierro penetrando,  
La robusta armadura despedaza;  
La mitad de la lanza retemblando  
El pecho al musulmán fiero ataraza;  
A torrentes la sangre humeante brota  
Por la abertura de la hirviente cota.

«¡Maldición sobre ti!» gritale el moro,  
Y ya su alfanje en alto resplandece;  
Desploma el golpe en el metal sonoro,  
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.  
No así mugiendo fiero andaluz toro  
El circo en torno horrisono estremece;  
Ni iracundo león, ni tigre hircano  
Iguala en ira al bárbaro africano.

Presto otra vez al héroe se adelanta,  
Suelto el veloz caballo en la carrera,  
El roto escudo impávido levanta  
Sancho, y el golpe poderoso espera;  
Descarga el musulmán, rompe y quebranta  
Adarga y yelmo y barras y cimera;  
Sancho vacila, y de la herida frente  
La sangre mana en hervorosa fuente.

Y audaz tirando de la cruda espada,  
Que cual cometa cuando deja el lecho



Del mar, resplandeció desvainada,  
 La esconde toda en el alarbe pecho.  
 De los disueltos miembros huye airada,  
 Dando un gemido de mortal despecho,  
 Aquel alma feroz, y vuela impía  
 Del negro averno á la región sombría.

Crece entonces el impetu; el rüido  
 Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;  
 Su acento deja al moro estremecido,  
 Y ansia de gloria en el hispano excita.  
 ¿Quién dirá tu valor, ni el encendido  
 Ardor dirá que el corazón te agita?  
 ¡Oh Sancho! yo si dividí tu gloria,  
 Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

En medio la morisma enfierecida  
 Revuelve el héroe su tajante acero:  
 Cada golpe una herida, cada herida  
 Una muerte: y brioso, audaz, ligero,  
 Mil muertes lanza en cada arremetida;  
 Cede á su esfuerzo el árabe altanero,  
 Redobla el choque el animoso hispano,  
 Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

Apénas con fatiga ronca alientan,  
 Yertos los fuertes brazos, los guerreros,  
 Y en vano el bruto que animar intentan  
 Siéntese hincar los acicates fieros;  
 Ora si aún con altivez sustentan  
 En las cansadas manos los aceros,  
 No es ya valor, ni esfuerzo ni osadía,  
 Mas requemada furia y rabia impía.

.....  
 Héroe del español, alta memoria  
 Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!  
 Y altivo yo las palmas de victoria

Me esforcé en vano á dividir contigo;  
 Astro menor, siguiéndole en su gloria  
 Fui de su esfuerzo y su valor testigo.  
 Al eco torna del clarin que sieute,  
 Y tardo sigue el último á su gente.

Cual rojo alano á las batallas hecho,  
 Si hubo el toro sujeto entre sus dientes,  
 De la fiera arrancado, su despecho  
 Muestra con ademanes impacientes;  
 Y ora pára tal vez de trecho en trecho,  
 Ora en torno los ojos vuelve ardientes,  
 O lento sigue al conocido dueño  
 Con oscuro murmullo y torvo ceño.

Así el héroe se aparta desdeñoso,  
 Rotas las armas y el almete hundido,  
 Y descubre, marchando perezoso,  
 Con palabras su ardor mal reprimido.  
 No es ya el diestro y galán jóven hermoso,  
 De plumas, oro y perlas revestido;  
 Ora guerrero intrépido le muestra  
 La ajena y propia sangre y faz siniestra.

De monte en monte retumbando atruena  
 El fragor léjos del pasado estruendo:  
 El campo en són confuso en torno suena,  
 Lamentos moribundos repitiendo;  
 El Guadalete férvido resuena,  
 Su curso entre cadáveres rompiendo,  
 Y entrambas huestes á la lid preparan  
 Las rotas armas, y el vigor reparan.

.....



## EL CONSEJO

Habló apenas y presto del asiento  
Cercano á la del rey la augusta silla  
Sancho, su hijo, con brioso aliento  
En pié y armado reluciente brilla.  
«Con esta, dijo en varonil acento,  
Y de la vaina alzó media cuchilla,  
Al punto aquí castigaré al medroso  
Que vil demande hasta triunfar reposo.  
»Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;  
Que nunca fatigó, ni impuso miedo  
Continua guerra al corazón del fuerte,  
Ni abatió de su espíritu el desnudo.  
Quien ora intente abandonar la suerte,  
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,  
Es un cobarde y vil, y de ahora digo  
Que ya me cuente á mi por su enemigo.»  
Dijo, y fuego su vista derramada  
En torno de nosotros despedía:  
La mano en el recazo de su espada,  
Ministra de la muerte, sostenía;  
Y en su ademán y vívida mirada  
Al genio de la noche parecía  
Sobre la tempestad, cuando destina  
El mundo todo á funeral ruina.  
«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante  
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron  
Los jóvenes mi voz, y en arrogante  
Aspecto las espadas empuñaron:  
Con muestra humilde y plácido semblante,  
Cuando á la voz del rey todos callaron,

Opas el lábio de dulzura lleno  
Abrió, exhalando su infernal veneno.  
«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,  
Miro en vosotros, de la patria escudo,  
El noble ardor que vence los afanes  
Y el pecho incita á combatir sañudo!  
Timidas ven las huestes musulmanes  
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,  
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,  
Mortal temor sus corazones hiela.  
»Y tú, augusto monarca, el pecho inflama  
Y el lauro ciñe de inmortal victoria;  
Goza, heredada al contemplar la llama  
Que hará á tu hijo fatigar la historia;  
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama  
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,  
De siglo en siglo esparcirá tu nombre  
La fama en voz que al universo asombre.  
»Mas si alcanzaste nombre de esforzado,  
No marchite tu honor puro y radiante  
Volver acaso al riesgo aventurado  
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.  
Muéstrate á par de intrépido soldado  
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante  
De tus ínclitos jóvenes serena,  
Y su ardimiento generoso enfrena.»  
Llegaba aquí cuando en redor se extiende  
Sordo murmullo que al malvado espanta  
É interrumpe su voz; que el pecho enciende  
En fiera indignación audacia tanta:  
El rey, que el ruido amenazante entiende,  
En la alta silla adusto se levanta,  
Y acallado el tumulto y todo atento  
Opas siguió con simulado aliento.  
»No, guerreros ilustrés, ora pido  
Largo reposo, ni penseis siquiera



Que, ménos que vosotros encendido,  
Al viento dé mi espada la postrera;  
Que aun no mi corazón gime abatido,  
Ni tanto helado de los años fuera,  
Que el alta llama que en vosotros arde  
Yo desconozca mísero y cobarde.

»Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,  
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,  
Si ciegos y con loco pensamiento  
A cierto daño su imprudencia guía?  
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,  
¿Qué al español valdrá su valentía,  
Si ni el hierro mellar podrá su espada  
De tan continuos golpes fatigada?

»Volved la vista ¡oh nobles campeones!  
A ese campo de gloria, y ved tendidos  
Tintos en sangre intrépidos varones  
En medio de los árabes caidos;  
Hollados ved del moro los pendones,  
Los pendones jamás ántes vencidos;  
Luego decid si galardón merecen  
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

»Descanso os pide el esforzado Ibero,  
Si á moveros mi voz sola no alcanza;  
Descanso, sí, para después más fiero  
Blandir su brazo la robusta lanza:  
Sus acentos oid, ved al guerrero  
Cansado ya de sangre y de matanza;  
Os pide sólo de reposo un día,  
Y os promete después nueva osadía.

»Un día solo, y cuando ya mañana  
El orbe el sol con su esplendor encienda,  
La voz de guerra elévese inhumana  
Y el sonoro clarín los aires hienda:  
Gózate en tanto ¡oh rey! gócese ufana  
Tu heróica hueste y su furor suspenda,

Y vosotros ¡oh nobles compañeros!  
Dad á la vaina un punto los aceros.»

Asi robando á la virtud su acento,  
Dijo el inicuo, y de su labio impuro  
Encubierto espiró letal aliento,  
De infausta muerte precursor seguro,  
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.  
Cesó de hablar, y de su antro oscuro  
Lanzó tronido horrisono el averno,  
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado  
Y en daño suyo consintió gozoso:  
Tembló al traidor el corazón malvado,  
Cumplido al ver su intento criminoso.  
Todos también con pecho confiado,  
(Que nunca recelara el generoso)  
Crédito noble á sus razones dimos,  
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

## LA PROCESION

Abierta entonces de Jerez ofrece  
La altiva puerta el pueblo en su contento,  
Y marchando magnífico aparece  
Sacro concurso en tardo movimiento.  
El aura en ondas el incienso mece,  
Y humildes gracias al emperio asiento  
Un virgen coro armónico levanta,  
Y «hosana, hosana,» sonoro canta.  
Inmenso pueblo el simulacro santo  
Atiende en pos del Salvador del mundo,  
Resuena sólo reverente el canto,  
Reina silencio en derredor profundo.



Sublima el pecho religioso encanto,  
Y en paz trocado el ánimo iracundo,  
La hueste sigue en muestra respetosa,  
Y desnuda la frente y humildosa.

Preceden la alta pompa los pastores  
Sacros ministros de Jesús divino,  
Parte su estola auríferos colores  
Sobre la veste cándida de lino:  
Orlas de lauro y de vistosas flores  
Penden al hasta del cruzado sino,  
Y allí Rodrigo respetuoso guía

En pos la augusta ceremonia pia.  
Las tiendas cercan y el glorioso acento

Se siente al eco resonar sñave,  
Calma su ruido misterioso el viento,  
Suspende el canto embebecida el ave,  
Bendice el campo de la lid sangriento  
El sacerdote en aparato grave,  
Tornan y al muro majestuosos giran  
¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.

El campo todo venturoso ríe:  
Allí la virgen tímida y atenta  
La vista esparce, y el mancebo engrie  
Su noble pecho y animarla intenta.  
El padre anciano con placer sonríe  
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta  
A sus ojos las armas, temeroso  
Se abraza al seno de su madre ansioso.

Tremolan desplegadas las banderas  
Guerreros nuestros en el campo moro,  
Y relumbran gallardas las cimbras  
Y armas y petos enmoldados de oro;  
Suenan confusas voces placenteras,  
Himnos alza tal vez juvenil coro,  
Y fiesta y triunfo y algazara y canto  
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO

Un alcázar de pórvido lucente  
Junto al famoso Bétis se levanta,  
Do la riqueza y esplendor de oriente  
Los muros y artesones abrillanta;  
Las puertas son de bronce refulgente,  
Y con soberbia y aparato espanta  
Fuerte escuadrón en torno de guerreros  
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

Allí entre el oro y seda que atavía  
Aromática estancia y opulenta,  
Trono de bullidora pedrería  
Al moro rey con majestad sustenta:  
Torvos los ojos y la faz sombría  
Ora el monarca pensativo ostenta;  
Que arde su pecho en bárbaro coraje  
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

En torno de él respetuosa imita  
La córte toda su silencio triste,  
Y de la sombra que su faz marchita  
Su rostro cada cual cubre y reviste;  
La saña misma que al monarca irrita  
En muchos nobles con furor asiste,  
Y oculta á otros la cristiana injuria,  
Del airado Aldaimón tiemblan la furia.

Con ceño adusto un árabe altanero  
Y de estatura y miembros de gigante,  
Junto á la silla del monarca fiero  
Fija en él su mirada centellante;  
El silencio fatal rompe el primero



Con formidable muestra y arrogante,  
Y sin respeto y con acento airado  
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

«Aldaimón, Aldaimón, ¿adónde el brio  
Del musulmán está? ¿dónde la guerra  
Y del profeta santo el poderío  
Que á las naciones miseras aterra?  
¡Maldiga Alá la paz que da al impio  
Segura vida y júbilo en la tierra!  
Hunda su reino el Dios de las venganzas,  
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

»Arma tus fuertes, junta tus varones,  
Que yo á su frente por Alá te juro  
En un lago de sangre las legiones  
Y el odio ahogar del nazareno impuro;  
Del profeta los cándidos pendones  
Brillen de Murcia en el vencido muro,  
Y en aquel de su Dios altar maldito  
La espada eleve nuestro santo rito.»

Dijo, y rugando la ceñuda frente

.....

«Mas no tú sólo, intrépido mancebo,  
Irás á dar á mi furor templanza,  
Que yo cual tú también el ansia apruebo  
De gloria y de combate y de matanza;  
Sienta ese rey, que con insulto nuevo  
Mi corazón excita á la venganza,  
Que si perdono al misero enemigo,  
Del rebelde también doblo el castigo.

»Vé, Solimán: las huestes agarenas  
Manda aprestar, y la trompeta al viento  
De Córdoba publique en las almenas  
A España mi terrible mandamiento.»  
Dijo, y le escucha el musulmán apenas,  
Cuando por medio en ademán violento

Rompe, y á obedecerle se retira,  
Y celoso del rey se abrasa en ira.

Con grata muestra entonces del tirano  
Todos humildes el intento aprueban,  
Y sobre el pecho, al uso mahometano,  
Inclinando la faz, las manos llevan:  
Luego un murmullo con semblante ufano  
Unos con otros razonando elevan;  
Mas ya Aldaimón á hablarles se prepara,  
Y el sordo ruido de repente para.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes  
Del inclito Ismael! la luz primera  
Verá de nuestras glorias esplendentes  
Al aire tremolada la bandera.  
Ella guió el valor de los creyentes,  
Cuando del Guadalete en la ribera  
En manos de Tarif brilló aquel día,  
Que extendió la agarena monarquía.

»Ella miró vencidos desplomarse  
Los altos muros de la gran Toledo,  
Y la altivez de Mérida humillarse;  
Y al cántabro feroz impuso miedo.  
Torne al viento mañana á desplegarse,  
Y al alma infunda el celestial desnudo  
Que intimida al infiel: Dios le condena  
A eterna muerte ó á servil cadena.»

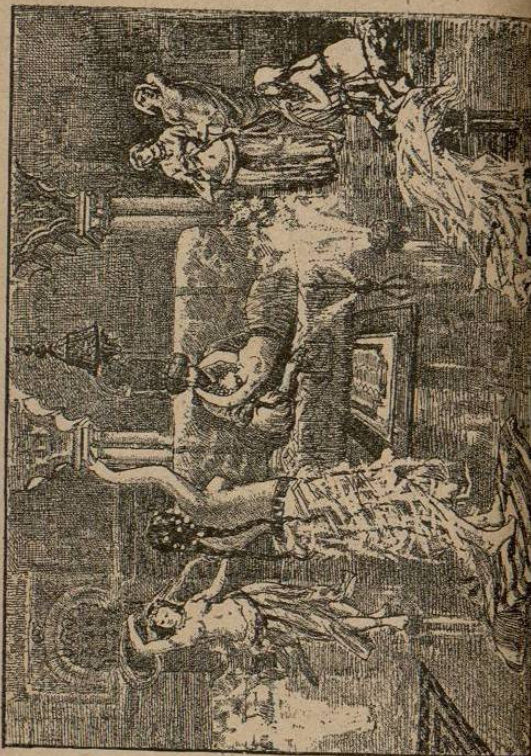
Dijo, y del trono aurífero desciende  
Con lento paso y ceño majestuoso,  
Y á un lado y otro del salón se extiende  
Y ante él se postra el séquito humildoso.  
Tal si en ignota soledad sorprende  
Oscura noche al Labrador medroso  
Si de repente ve fada divina,  
En mudo pasmo la rodilla inclina.

.....



FRAGMENTO QUINTO

DESCRIPCION DE UN SERRALLO



De mágicos jardines rodeado,  
Se alza un rico salón, dónde descansa  
El moro rey, cuando el fatal cuidado  
Y cortesano estrépito le cansa:  
En el ahora al júbilo entregado,  
Del fiero pecho la crueldad amansa  
Plácido canto que deleite inspira  
Al són de blanda, regalada lira.

Allí cercado del amable coro  
Que el de las houris célicas no iguala,  
Quemada en pipa de ámbar y de oro,  
Planta aromosa el gusto le regala;  
Y mientras en hombros de su amada el moro  
La sien reclina, de su lábio exhala  
Humo suave, que en fragante nube  
En leves ondas á perderse sube.

Cien lámparas de plata el opulento  
Soberbio harem con su esplendor encienden,  
Y, en partes horadado el pavimento,  
Aromas mil á derramarse ascienden;  
Las luces multiplica ciento á ciento  
El oro y alabastro en que resplenden,  
Y de cristal y azogue relucientes  
En jaspe bulien imitadas fuentes.  
Lánguida acaso mora peregrina



En blando lecho de damasco y flores  
Allí voluptuosa se reclina,  
Y en sus ojos amor prende de amores;  
En tanto que otra de beldad divina  
Con aguas de riquísimos olores  
Baña la negra cabellera riza,  
Que por la airosa espalda se desliza.

Otra de silfas mil tropa lasciva  
Con diademas de oro y de esmeralda  
Saltando en danzas ágiles, festiva  
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;  
Y deshaciendo el lazo fugitiva,  
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,  
La leve seda al movimiento vuela  
Y sus formas bellísimas revela.

El ojo en vano penetrar desea  
La en torno casi trasparente gasa,  
Y aunque nada tal vez entre ella vea,  
Rápido el pensamiento la traspasa;  
Y en tanto en vueltas fáciles ondea  
La bella tropa y por las orlas pasa,  
Al son suave de las arpas de oro  
Resuena el canto en armonioso coro.

Sonríe acaso y su aspereza olvida  
Viéndolas Aldaimón, y tierno lazo  
Téjele en tanto su beldad querida  
Con dulce beso y con amante abrazo;  
A grata calma y á placer convida  
Y á deleite suavísimo el regazo  
Dónde reposa, y por mayor delicia  
Blanca y hermosa mano le acaricia.

.....  
.....

## CUADRO DEL HAMBRE

.....  
Mas todo en vano fué: bárbaro estrago  
Mientras el hambre en la ciudad hacia;  
La muerte ya con silencioso amago  
Señalaba sus víctimas impía:  
Busca en la madre cariñoso halago  
El tierno infante que en su amor confía,  
Seco el pecho encontrando: ella le mira,  
Y horrorizada el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,  
Y ya sintiendo la cercana muerte,  
Al hijo tiende el brazo amarillento,  
Y árido llanto al abrazarlo vierte.  
Quién con hórridas muestras de contento,  
Feliz creyendo su infelice suerte,  
A su padre su misma sangre lleva  
Para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes  
La desesperación: triste suspira  
Y eleva aquel las manos suplicantes;  
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira,  
Tal, clavados los ojos penetrantes,  
Morir sus hijos y su esposa mira  
Con risa horrible, y muere recruiendo  
Los dientes y las manos retorciendo.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento  
Paso camina el moribundo hispano;  
Sobre su lanza carga el macilento  
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;  
Los ojos con horror, sin movimiento,  
Avidos fija sobre el muerto hermano,



Y hambriento goza y lo devora, en donde  
Avaro creé que á los demás se esconde.

Las calles en silencio sepultadas  
Sólo ocupan algunos moribundos,  
Las manos reciamente enclavijadas,  
Despidiendo tal vez ayes profundos:  
Laten en torno entrañas destrozadas  
Y miembros de cadáveres inmundos,  
Que forzado del hambre asoladora,  
Cuál como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta  
Con recuerdo fatal su fantasía  
Los manjares tal vez de la opulenta  
Mesa que desdeñaron algun día:  
Ora las aves de rapiña ahuyenta  
Avido el muribundo en su agonía  
Disputando el festín, y sus gemidos  
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,  
Ve feroz buitre que sobre él se arroja  
Y en la angustia del último momento  
Lucha con él en su mortal congoja:  
Los dedos hinca con furor violento  
En la entraña del pájaro, que, roja  
La corva garra en sangre, aleteando,  
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,  
Los ojos vuelve en blanco su agonía,  
Mientras tenaz el buitre devorante  
Ahonda el pico con mayor porfía;  
Mas el hombre le aprieta á cada instante;  
El ave más profundizar ansia,  
Hasta que así, y el uno al otro junto,  
Muertos al fin quedaron en un punto.

. . . . .  
. . . . .

FRAGMENTO SEXTO

—

Era la noche: el trueno pavoroso  
Ronco estallando en torno retumbaba,  
Y en mar inmenso el cielo tenebroso  
Con violento turbión se desgajaba:  
El rápido relámpago lumbroso  
Al aire desprendido serpeaba,  
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,  
Del orbe la honda base estremecía.

Todo era horror, y en la común tristeza  
Único asilo el templo sacrosanto:  
El muro abandonaba en su flaqueza  
El guerrero español bañado en llanto;  
El tardo incierto paso allí endereza  
Inmensa turba con horror y espanto,  
Y ante la imágen de Jesús postrados,  
No osan alzar sus ojos aterrados.

Léjos de todos solitario gime,  
Cerrado en una lóbrega capilla,  
Y negra pena el corazón le oprime,  
El noble jefe de la gran Sevilla;  
Ya no alienta su ejército; no esgrime  
Ya triunfador la intrépida cuchilla,  
Que embebecido en su pensar doliente  
Apenas mis cercanos pasos siente.

Yelmo y escudo aparte descuidados,  
El anciano á sus piés tendidos tiene,  
Y los ojos de lágrimas cargados,  
Su diestra el rostro lánguido sostiene;  
Sus exánimes miembros fatigados  
Contra un altar inmóviles mantiene,



Y tan sólo los ojos á mi acento  
Tornó hácia mí con leve movimiento.  
«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte  
Cuando se acerca inevitable y lenta,  
Y no sirve el valor contra la suerte,  
Y ántes más bien el infortunio aumenta.  
Más ¿quién resistirá si un pecho fuerte,  
Como es el tuyo, desmayado alienta?»  
Dije, y en tanto el misero gemía,  
Y con endeble voz me respondía:  
«Triste en verdad estoy: más ¡ay! no es leve  
La causa de mis lágrimas: ¡dichoso  
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve  
Será tu padecer y harto glorioso,  
Por más que en tí con impetu se cebe  
La cólera del hado rigoroso!  
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!  
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.  
»Misero y solo en tanta desventura,  
Su dulcísima voz no oiré espirando,  
Ni con trémula mano en su tristura  
Me cerrará los párpados llorando;  
Inútil viejo, de la muerte dura  
En mi amargo dolor el golpe ansiando,  
Solo y en bien de mi ciudad confío,  
¡Oh gran Pelayo! en tu prudenciay brío.»  
Mi corazón de lástima llagado,  
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,  
El noble anciano al ver acongojado,  
Que tantas lides animoso vieron:  
Su grave rostro del dolor marcado  
Do á par las penas que la edad pusieron  
La mano que su frente encanecía,  
Pálido aun con majestad lucía.  
«Teudis, le dije, el ánimo sustenta:  
Álzate y viste la luciente malla,

Y el último respiro que te alienta  
Esfuércese á la voz de la batalla.»  
«¡Oh jóven! respondió: dime, ¿qué intenta  
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla  
De salvación tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo,  
Tu voz me reanimó: parto contigo.»

Y esforzándose el héroe á levantarse  
Sostenido de mi marchó tardío,  
Y en sus lánguidos ojos inflamáise  
Se vió la llama de su antiguo brío:  
Como suelen de lumbre colorarse  
Las nubes de tormenta en el estío,  
El fuego que su espíritu animaba,  
En su pálido rostro reflejaba.

.....  
Entre tanto en el templo amontonados  
Hombres, mujeres, niños se veían,  
Y flaco el rostro pálido, aterrados,  
Espantosos espectros parecían:  
A la luz de los rayos apagados  
De las ondeantes lámparas lucían:  
A par del trueno el huracán bramaba,  
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

Los dos entonces tristes contemplando  
Aquellos fuertes, miseros varones,  
El llanto de mis ojos enjugando  
Por alentar sus fuertes corazones;  
«¡Noble esperanza del cristiano bando,  
Exclamé, generosos campeones!  
Alzad el pecho á contrastar la suerte:  
Muramos, sí, pero con digna muerte.  
Si es fuerza perecer como valientes,  
Perezcamos al pié del patrio muro:  
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;  
La paz, la sumisión, nada hay seguro;



Ora mandan los hados inclementes  
Morir. ¿Preferiréis al trance duro,  
Que á cierta gloria y á venganza guía,  
Tan dilatada y mísera agonía?»

Dije, y aquellos héroes á mi acento  
El yerto fuego renacer sentían,  
Que aun no apagado el generoso aliento  
Ni el entusiasmo bélico tenían:  
Todos al punto luego en movimiento  
Mi voz en derredor sólo atendían.  
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:  
Ansia de perecer todos tenemos.»

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura  
Protege ¡oh bravos! el intento mío:  
O de una vez muramos con bravura,  
O camino nos abra nuestro brio;  
Tal vez nuestro valor logre ventura,  
Tal vez venganza del alarbe impío.»  
Dije, y al punto un escuadrón formaron  
Y en medio á los inermes encerraron.

Con tardo paso, con silencio y calma  
A la luz del relámpago partimos,  
Llena de angustia y de zozobra el alma,  
Y el ánimo á la muerte apercibimos.  
Del martirio á alcanzar la ilustre palma  
A campo abierto impávidos salimos:  
En torno todo de tinieblas lleno,  
Rugen tan sólo el huracán y el trueno.

Entre las densas sombras temerosos  
En cieno y agua hundidos avanzamos,  
Y con ansia y fatiga, cuidadosos  
Cerca del campo musulmán llegamos:  
Dóblase la zozobra, y silenciosos  
Ante sus tiendas lóbregas paramos:  
Prestas las armas, próximo el combate,  
De miedo el pecho y de esperanza late.

Mas á su voz por otra repetida,  
Pronta su hueste se presenta armada,  
Y con bárbaro ardor y arremetida  
Fulminase á nosotros agolpada:  
En las cristianas lanzas recibida  
Fué su improvisa cólera estrellada.  
Torna al asalto y dobla la pelea:  
El tercio ibero resistiendo ondea.

Sigue el rumor, la confusión se aumenta;  
Cuál hunde en las entrañas del amigo,  
Que apartado de él lidiando cuenta,  
El arma destinada al enemigo;  
Este si descargar el golpe intenta,  
Por alto precipicio da consigo;  
Tal piensa allí que á su escuadrón se junta,  
Y halla en el pecho la imprevista punta.

Cuál allí sólo contra mil pelea,  
Y al frente y al redor hiere y maltrata;  
Y en tanto que la maza aquel rodea,  
Otro le oprime el brazo y la arrebata.  
Ya un escuadrón cejando titubea,  
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:  
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;  
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.